

EL PALACIO DE LA NOCHE ETERNA

José María Latorre



Tras una prolongada estancia en Suráfrica, los Mortimer vuelven a ocupar su antiguo y destartalado palacio en las afueras de Kensfield... Poco después, una serie de extraños y horribles sucesos comienza a alterar la quietud de la apacible ciudad británica: en el cementerio, las sepulturas más recientes han sido profanadas y los cuerpos que en ellas reposaban han desaparecido... Desconcertada, la policía se muestra incapaz de ofrecer una explicación convincente. Sólo el joven Christopher Travers, ayudado por sus amigos, será capaz de enfrentarse a un peligro real que, sin embargo, no tiene nada de humano. Espoleada por claustrofóbicos escenarios y misteriosos personajes magistralmente descritos, la narración avanza, sin treguas ni fisuras, hacia un desenlace no menos sorprendente.

El palacio de la noche eterna, un escalofriante relato con el que José María Latorre consigue "secuestrar" la atención del lector desde la primera hasta la última línea, hasta el último suspiro.

«¿Y no teméis a las tinieblas?».

LEÓNICAS ANDREIEV

*«...y el gusano que nunca muere,
el que duerme en el interior de todos nosotros,
se transformaba en un ser tangible y objetivo
y se vestía con el ropaje de la carne».*

ARTHUR MACHEN

I

Luces en el viejo palacio

Cuando Sir Alan Mortimer y su hijo Jeremy regresaron a Kensfield después de una ausencia de 10 años, nadie en nuestra pequeña ciudad habría sido capaz de sospechar la naturaleza del horror que estaba a punto de desatarse. Me enteré de su llegada casualmente, mientras estaba sentado a la mesa de un bar próximo a mi casa, ocupado en tomar una taza de té y en leer, de cara a mis estudios, una edición del *Viaje sentimental* de Sterne anotada por el erudito Albert S. Green. El hijo del propietario, un joven de mi edad llamado Thomas, se acercó para decirme:

—Perdona que te interrumpa, Christopher, pero he creído que te gustaría saber que Sir Alan Mortimer ha vuelto.

De momento, aquel nombre no me resultó conocido, quizá porque estaba absorto con tan singular libro, y miré a Thomas desconcertado, como si no supiera de qué estaba hablando; pero no tardé en darme cuenta de a quién se refería, y fue como si ese reconocimiento hubiera abierto las puertas del ya lejano paisaje de mi infancia: el nombre de Sir Alan Mortimer obró en mí un efecto similar al del olor de la magdalena sobre el narrador de Proust. Aún recordaba el día en que los Mortimer se habían marchado de Kensfield, un hecho que fue lamentado por casi todos porque se trataba de unas personas queridas a pesar de la distancia, no por invisible menos real, que su fortuna y el inmenso palacio donde vivían en las afueras, al otro lado del bosque, interponían entre ellos y el resto de los habitantes de

la ciudad. Sin embargo, Sir Alan, su esposa Elizabeth y su hijo Jeremy no la hacían notar e incluso resultaban agradables en el trato; sobre todo Jeremy, a quien tuve dos años como compañero de pupitre en el colegio: había sido uno más de nosotros, un niño generoso que no dudaba en compartir las cosas que tenía.

Durante el tiempo que Jeremy Mortimer estuvo en la escuela de Kensfield, algunos de sus compañeros fuimos invitados en cuatro ocasiones al palacio de la familia: dos con motivo de su cumpleaños y las otras en Navidad. El palacio resultaba sobrecogedor en su inmensidad y aunque, como he dicho, estuve cuatro veces en él y nos lo habían mostrado con cierto detalle, había quedado en mi memoria como una interminable sucesión de corredores en penumbra, de escalinatas y de estancias, algunas de ellas más grandes que el conjunto de mi casa y otras tan pequeñas que daban la impresión de haber sido diseñadas como lugares para meditar. Había visto incluso el ala donde vivían los criados y el ama de llaves, pero lo que mayor curiosidad despertó en mí fue una gigantesca bodega que parecía albergar todas las botellas del mundo, entre las que predominaban el vino y el brandy. Ése era mi recuerdo infantil.

Cierto día, Jeremy me dijo, compungido, que su familia iba a trasladarse a Suráfrica antes del verano y él debía acompañarla. Tenía los ojos anegados de lágrimas. Ésa fue la única vez que lo vi llorar. La separación me llenó de tristeza pero, como sucede a menudo en la niñez, no tardé en olvidar al que había sido mi amigo, desplazándolo por otros intereses. No obstante, debo decir que Jeremy no cumplió su promesa de escribirme; si lo hubiera hecho, tal vez su recuerdo habría pervivido en mí. Durante los dos o tres primeros meses estuve esperando sus cartas, pero el transcurso del tiempo hizo que también llegara a olvidarme de esa promesa.

Tampoco me había advertido de su regreso, lo cual no era extraño, porque 10 años de ausencia y falta de contac-

to pueden separar definitivamente a unos amigos de infancia, por estrecha que haya sido su relación. Sucedió a principios del otoño, cuando las hojas de los árboles alfombraban las calles de colores ocres y amarillentos, la niebla volvía a ceñirse a las casas y los jardines con su húmedo abrazo, y la ciudad había recuperado ya el peculiar olor a vegetales en descomposición que la acompañaba hasta la primavera. Hacía unos años que yo vivía y estudiaba en Londres, pero por entonces me encontraba en Kensfield porque había tenido que suspender temporalmente mis clases de Literatura Clásica y dejar mi residencia para ir a atender a mi hermana enferma, Judy, tres años mayor que yo, si bien seguía estudiando por mi cuenta y abrigaba el severo propósito de presentarme a exámenes en primavera. Nuestra madre había fallecido pocos meses después que nuestro padre y una grave enfermedad ósea obligaba a Judy a permanecer en cama durante la mayor parte del día. A diferencia de los Mortimer, no éramos una familia rica y, como la pequeña pensión por enfermedad que percibía mi hermana apenas alcanzaba para cubrir los gastos de la casa, notablemente incrementados por el tratamiento médico de su dolencia, tuve que ponerme a buscar un trabajo que ayudara a ingresar un poco más de dinero para, así, poder pagar al menos a la encargada de las faenas caseras, una mujer, Ethel, que había sido amiga de mi madre.

Es probable que nunca lo hubiera encontrado —el desempleo había hecho de Kensfield una sombra de la ciudad que fue—, de no haber sido por Dan Higgins y su hija Dorothy. Dan era el propietario de la única librería digna de ese nombre —el resto eran papelerías donde se vendía de todo, excepto libros de interés—, y antes de irme a Londres yo había pasado muchas horas conversando con él y con Dorothy, tanto en la tienda como en su casa llena de libros antiguos, por lo cual nos llamaban burlonamente «el trío de los raros». Por supuesto, la librería distaba de ser un buen negocio y estoy seguro de que sólo la bondad había

incitado a Dan a contratarme. Aparte de ser una persona culta, era un caballero tan al viejo estilo que no hizo ningún comentario con respecto al dinero, y yo también callé que habría sido capaz de estar horas entre libros sin cobrar por ello: ¡me temo que nos habíamos reunido los dos peores negociantes de la ciudad! Por otra parte, me sentía a gusto con Dorothy, quien acababa de cumplir 19 años y era, por tanto, uno más joven que yo. Así, desde que encontré ese trabajo, repartía mi tiempo entre atender a mi hermana y la librería, charlar con Dan Higgins y con su hija, y aprovechar las escasas horas libres para leer y estudiar. Como decía, estaba en un bar leyendo a Sterne cuando me enteré del regreso de los Mortimer.

—Nadie me lo había comentado —repose, cerrando el libro y apartando a un lado la taza vacía.

—Esta ciudad no es como antes... Hace unos años había más interés por lo que pudiera suceder a los demás, pero ahora todo el mundo va a lo suyo y nadie se preocupa por saludar a nadie... He supuesto que te gustaría saberlo —repitió Thomas.

—¿Cuándo llegaron? —le pregunté.

—Hace una semana o así... Déjame pensar..., sí, fue el domingo pasado.

—No los he visto por la ciudad.

—Nadie los ha visto..., e incluso dudo que muchos lo sepan. Yo me enteré casualmente. Por razones que no hacen al caso —me guiñó un ojo y trató de poner expresión de pícaro—, estaba en el bosque, cerca del viejo palacio, allí donde ya no pueden seguir avanzando los coches, y vi llegar una limusina negra sucia de polvo de la que bajaron dos personas. Había anochecido, pero me pareció que eran Sir Alan y Jeremy. Como estaba oscuro y ambos vestían de negro, no pude verlos bien, pero..., ¿quiénes iban a ser, si no?

—¿Y Elizabeth Mortimer?

—Sólo vi a dos personas... No sé más. Todavía estuve observando un rato el viejo palacio y vi cómo se encendía una luz en una de las habitaciones de la parte de arriba.

—¿Y Jeremy ha venido a la ciudad?

—No, al menos que yo sepa. Es algo extraño, ¿no crees?

Me encogí de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde que se marcharon. Diez años son gran parte de una vida y han podido suceder cosas...

—De todas formas, es raro que no te haya telefonado para advertirte de su llegada: ¡erais muy buenos amigos!

—Por Dios, Thomas, entonces sólo teníamos 10 años... Es probable que ya no se acuerde de mí. También tú hablabas con él y, por lo que veo, tampoco te ha llamado.

—Pero no tanto como tú.

Tenía razón: de todos los niños de la ciudad, era yo quien había mantenido una relación más estrecha con el hijo de los Mortimer. Me levanté de la silla, dispuesto a salir del bar, y Thomas me acompañó hasta la puerta.

—Es verdad, Christopher, las personas cambian... También tú y yo hemos cambiado —dijo como despedida.

Al salir, me encaminé hacia la librería de los Higgins pensando en lo que Thomas había dicho, y me invadió un sentimiento melancólico. Todo había cambiado, no sólo nosotros; Kensfield no parecía la misma, las personas se habían hecho más frías y distantes, mis padres habían muerto y Judy se hallaba en la cama acusando día tras día el progreso de su enfermedad. Por un momento sentí nostalgia del niño que había sido, de una época en la que el tiempo parecía transcurrir con lentitud y en la que me sentía feliz, como si la armonía con que se desarrollaba mi existencia fuera a durar siempre. Eso me incitó a telefonear a casa antes de llegar a la librería para preguntarle a Ethel por mi hermana. Había pasado más de una hora desde mi marcha

y su estado me inquietaba porque la veía debilitarse día a día. Me tranquilizó saber que dormía plácidamente.

—No se olvide de darle su medicamento a las seis —le recordé.

—Lo tengo presente, se lo daré puntualmente, como siempre —repuso.

Dan Higgins estaba atendiendo a un cliente, lo cual hizo que me sintiera culpable por llegar tarde; pero el hombre se marchó al fin sin comprar nada porque no acababa de decidirse por una de las tres novelas que tenía en las manos, todas de autores norteamericanos y que encabezaban las listas de los libros más vendidos.

—No lo critico, resulta muy difícil elegir entre la basura A, la basura B y la basura C —bromeó luego Mr. Higgins.

Esa tarde sólo entraron en la librería tres personas más y, como sucedía a diario, tuvimos tiempo de sobra para hablar. Les conté a Dorothy y a Dan la noticia que acababa de recibir. Tampoco ellos sabían nada del regreso de los Mortimer y la conversación versó, casi inevitablemente, sobre esa familia y el pasado de la ciudad. Dorothy no recordaba a Jeremy, pero su padre sacó a relucir todo cuanto sabía sobre Sir Alan. Al parecer, su fortuna provenía de las numerosas plantaciones que la familia poseía en Suráfrica desde hacía varias generaciones y Dan dijo que, pese al prestigio que Sir Alan disfrutaba en Kensfield, su conducta egoísta resultaba de lo más reprobable.

—Era un explotador, un racista, uno de los sostenes del *apartheid*; no sé si habrá cambiado, pero ese tipo de personas no suele hacerlo.

—Para mí entonces era una persona elevada, inalcanzable; las pocas veces que hablé con él se mostró cordial —dije.

—No me extraña que haya acabado regresando: para la gente como él las cosas no son en Suráfrica igual que antes —repuso Dan sin hacerme caso.

—¿No estarás siendo demasiado severo? —intervino Dorothy—. ¿No será que te caía mal porque no compraba libros?

—Si los hubiera comprado y leído no habría sido como era —repuso su padre, sonriente.

Por fortuna, el tema de los Mortimer ya no dio más de sí y nos dedicamos a hablar de literatura hasta la hora del cierre. Higgins me recomendó varios libros para mis estudios, como tenía por costumbre, y, después de cerrar con llave, padre e hija me invitaron a tomar una copa con ellos; pero tenía ganas de ver a mi hermana y quise volver a casa sin demora. Estaba visto que era un día de sorpresas, porque Ethel vino a recibirme en cuanto abrí la puerta.

—Tu hermana ha pasado una tarde tranquila... Incluso la veo mejor que otros días —me dijo respondiendo a mi pregunta—. Pero hay un hombre esperándote en la sala.

Lo primero que pensé al oír eso fue que Sir Alan o Jeremy habían venido a saludarme con motivo de su llegada, pero enseguida comprendí que no podía ser: Ethel los conocía y me habría advertido de que se trataba de uno de ellos. Fue la misma Ethel la que me sacó de dudas antes de ir a hablar con nuestro visitante.

—Ha venido por la habitación —dijo.

En esos momentos lo había olvidado pero, luego de haberlo hablado con Judy, había insertado en la prensa local un anuncio ofreciendo en alquiler una de las habitaciones del piso superior de nuestra casa, a condición de que fuese por un periodo de tiempo superior a tres meses.

El interesado era un hombre alto e increíblemente delgado, vestía un traje negro que daba señales de haber sido muy usado, y su edad debía de frisar entre los 35 y los 40 años. La blancura de su tez acentuaba la seriedad de su expresión, pero no resultaba antipático a primera vista. Se presentó como Sandor Balász y manifestó ser húngaro. Después de decirle que estaba informado de su interés por

nuestra oferta de alquiler, esperé a que se explicara. Habla un correcto inglés.

—Todavía ignoro cuánto tiempo voy a permanecer en Kensfield, pero en cualquier caso será más de un mes, aunque no puedo prometer que lleguen a tres. Ethel me ha mostrado la habitación y se ajusta perfectamente a mis necesidades —dijo.

—¿Tiene equipaje? —le pregunté, estudiando su reacción.

—Está en el hotel, pero no debe inquietarse: le pagaré por adelantado.

—No se lo preguntaba por eso —repuse, turbado por mi falta de tacto—. ¿No le gustan los hoteles?

—Viajando mucho he aprendido a detestarlos.

Asentí con la cabeza, tratando de mostrarme comprensivo.

—Debe saber que se trata sólo de la habitación; tendrá que comer y cenar por su cuenta: mi hermana está enferma.

—Eso no es un problema, la comida no me preocupa. Si está de acuerdo, mañana vendré con mi maletín y mis libros —dijo.

La referencia a los libros venció el poco recelo que quedaba dentro de mí, motivado por mi escrúpulo inicial a introducir en nuestra casa a un extraño: cualquier persona amante de los libros dejaba de serlo y se convertía en un amigo.

—Celebro que le guste leer; no es frecuente encontrar gente interesada por los libros —dije, con mayor amabilidad.

—Forma parte de mi trabajo.

—¿Es usted escritor?

—Sí y no; mejor dicho, no exactamente sí, como supongo, usted se refiere a si soy novelista. Sin embargo, escribo.

No quise hacerle otras preguntas para no parecerle demasiado curioso, y, dado que encontró razonable el precio

que solicitábamos por la habitación, sellamos nuestro acuerdo estrechándonos la mano.

—Vendré por la mañana, en torno a las nueve —se despidió.

Aproveché que Judy estaba despierta para decirle que acababa de alquilar la habitación y, por tanto, a partir de ahora debería dejar de preocuparse por los gastos de la casa. A pesar de su enfermedad, a menudo se mostraba inquieta por la marcha de nuestra economía doméstica y, aunque nunca le oí expresarlo en voz alta, era evidente que se sentía culpable por ello, lo cual me acongojaba. Sus accesos de dolor eran cada vez más frecuentes y duraban más tiempo, y su aspecto resultaba inquietante. Parecía tener 50 años en lugar de 23, su rostro acusaba las huellas del padecimiento y sus hermosos cabellos castaños estaban ajados, sin brillo.

Tal como tenía por costumbre, le expliqué lo que había hecho durante el día y asintió a todo con el mayor entusiasmo del que era capaz en su estado, haciéndome incluso preguntas sobre el libro que estaba leyendo. Judy había sido también una ávida lectora, pero su enfermedad le impedía concentrarse más allá de unos minutos, por lo que yo buscaba sacar tiempo como fuera para dedicar al menos media hora diaria a leerle en voz alta un libro que no resultara excesivamente complejo para ella. Eran los únicos momentos del día en los que su mirada recuperaba el brillo perdido. En ocasiones me daba por pensar que el interés que mi hermana mostraba por mis actividades era una forma de proyectarse al mundo exterior desde la cama, de asistir a unos hechos a los que su estado le impedía el acceso.

Le di pacientemente la cena preparada por Ethel mientras le hablaba a la vez del hombre que a partir del día siguiente iba a ser nuestro inquilino y del inesperado regreso de los Mortimer a la ciudad. Aunque Judy no había sido compañera de colegio de Jeremy Mortimer, lo recordaba

bien y pareció gustarle la idea de que Kensfield hubiera recuperado a tres de sus antiguos vecinos.

—Sólo a dos —dije—. Thomas no ha visto a Elizabeth Mortimer.

—Pero habrá vuelto también..., ¿no? Thomas siempre ha sido despistado y nada observador; a no ser..., a no ser... —titubeó— que la señora Mortimer haya fallecido.

Como no me gustaba el giro que tomaba la conversación, cambié de tema y volví a hablarle de Sandor Balász, presentándolo como un amante de los libros, convencido de que eso despertaría su simpatía. Sonrió tristemente, pero no hizo ningún otro comentario y siguió cenando sin gana, abstraída, con la mirada perdida en un punto impreciso de la habitación.

Puesto que Ethel tenía trabajo para un par de horas más en casa, haciendo la última limpieza del día, aproveché para salir un rato. Me dolía la cabeza, notaba como si me faltara aire para respirar dentro de la casa, y ver a Judy postrada en la cama me llenaba de angustia. En principio tenía la intención de ir a buscar a Dorothy para dar un paseo, pero la noticia de la llegada de los Mortimer había removido mis recuerdos y avivado mi curiosidad y, por ello, subí a mi viejo automóvil con el propósito de acercarme al palacete. En cierto modo era lógico que lo hiciera: aunque no había querido reconocerlo abiertamente, me molestaba que mi antiguo compañero llevara varios días en Kensfield y no me hubiese llamado por teléfono. No estaba dolido, pero sí extrañado por su silencio.

Nuestra pequeña casa con jardín se hallaba situada al sur de la ciudad y, a falta de otro camino que llevara directamente al norte, hacia el bosque y el palacio, tuve que atravesar el centro urbano, con los reclamos de neón de los locales parpadeando al otro lado de la niebla, la cual se había espesado desde la caída de la tarde obligándome a conducir despacio para evitar un accidente. No podía dejar de pensar en Judy y en los Mortimer. Sabía que la muerte

de mi hermana sólo era cuestión de tiempo —el médico había dicho que le sobrevendría tras una aguda crisis que no superaría— y pensaba que ésa podía ser la causa del interés que había despertado en mí la llegada de Sir Alan y su hijo Jeremy. Ambos formaban parte de mi pasado, cuando me sentía un niño feliz, y los asociaba inconscientemente con esa felicidad que había ido destrozando el fallecimiento de mis seres más queridos. Primero, el accidente de tráfico en el que había perdido la vida mi padre; después, el repentino óbito de mi madre; y, pronto, mi hermana Judy... Los Mortimer estaban integrados en el paisaje de mi niñez y debía de creer, ilusoriamente, que si volvía a verlos quizá podría recuperar el viejo sentimiento perdido. Noté un nudo en la garganta y mis ojos se arrasaron de lágrimas, las cuales se juntaron con la niebla para dificultarme la visibilidad del camino. Tuve que detener el coche durante unos minutos hasta que me recuperé.

Un bosquecillo separaba al palacio de los Mortimer del resto de la ciudad. Años atrás había sido un escenario de juegos, pero con el paso del tiempo y la ausencia de la familia se había ido haciendo más solitario y desolado. En consecuencia, el camino creado para los vehículos había sido invadido por la vegetación y resultaba imposible llegar al palacio en coche. Dejé el mío sobre el lecho de hojarasca, seguro de que no corría peligro de ser robado, y seguí a pie. La soledad de aquellos parajes y la densa niebla formaban un paisaje espectral; los árboles se asemejaban a fantasmas gigantes acechando entre la bruma. A mi alrededor no se veía luz alguna y, si no hubiera sido porque conocía el camino, probablemente me habría extraviado o, al menos, habría dudado sobre la dirección que debía seguir. Olía a descomposición vegetal. La humedad se adhería a mi ropa, pegajosa, como si buscara abrirse paso a través de ella. En ese momento, me subí las solapas de la chaqueta.

Durante un rato no oí más que el sonido de mis pies chapoteando sobre la pútrida hojarasca y, lejano, el extraño

canto de un pájaro desconocido. Por fin, la mole del viejo palacio Mortimer apareció ante mí, más oscura que la noche y difuminada detrás de la gasa de niebla. No había luces, ni siquiera en una ventana. Estaba envuelto en silencio y parecía abandonado, como en los años precedentes. Lo miré, sin atreverme a seguir. Por un momento, la oscuridad y el silencio me hicieron pensar que Thomas me había engañado, pero no encontré sentido para ese proceder: ¿qué habría ganado Thomas con ello...? ¿Molestarme...? ¿Inquietarme...? Habría sido cruel por su parte, teniendo en cuenta las dolorosas circunstancias que yo estaba viviendo.

Di unos pasos más aproximándome al palacio y, súbitamente, como si mis pies hubieran pisado un interruptor en el suelo, vi encenderse una luz en el primer piso del edificio. Thomas había dicho la verdad. Ahora que lo había verificado no supe qué hacer: ¿llamar a la puerta y presentarme ante el que había sido mi amigo de infancia?, ¿retroceder, regresar a la ciudad y esperar a que fuera el propio Jeremy quien diera señales de vida? La luz se apagó de repente.

Entretanto, apenas sin percatarme, me había situado ante la escalinata de piedra por la que se llegaba a la puerta de entrada al palacio. No sé si sería a causa de la niebla o por el efecto de la caminata entre los árboles y la niebla, pero cuando empecé a subir los peldaños experimenté una sensación de frío más intensa que en el bosque. Aunque por la luz que había visto encenderse y apagarse parecía cierto que los Mortimer habían vuelto a su palacio, nadie se había preocupado de limpiar los peldaños de la hojarasca acumulada en ellos. El olor a putrefacción vegetal era casi insoportable, y todo desprendía un aire de abandono.

Dos leones de piedra cubiertos de musgo y en postura de esfinge miraban al visitante con sus ojos sin vida desde cada lado al final de la escalinata. De pequeño, me habían hecho una fotografía allí —la guardaba todavía en un álbum junto con otras tomadas en aquellos años—, pero ya no parecían los mismos. No era extraño que así fuera: era